

PARADOJAS DE LA POLÍTICA VALENCIANA EN UN TIEMPO DE CRISIS

MANUEL ALCARAZ RAMOS. Professor de Dret Constitucional de la Universitat d'Alacant

*“¿Donde estarán? pregunta la elegía
de quienes ya no son, como si hubiera
una región en que el Ayer pudiera
ser el Hoy, el Aun y el Todavía.
(.....)*

*Una canción de gesta se ha perdido
entre sórdidas noticias policiales”.
(J.L. Borges. “El tango”)*

Si hago referencia en el título de este trabajo a “paradojas” es porque creo que la suma de contradicciones acumuladas por la política valenciana es lo que mejor explica el devenir de los últimos años. También podría plantearse la cuestión en términos de la existencia de un *sistema de bloqueos*¹ que ha ido conduciendo esa política a un callejón sin salida. Y esta es su primera característica a día de hoy: prisionera por lustros de la hipótesis de vivir un *fin de la historia a la valenciana*, instalados sus dirigentes políticos y económicos principales en un *presente continuo*², se alejaron de la historia como fenómeno abierto, sólo la usaron como recurso torticero en determinadas ocasiones propagandísticas y, en definitiva, cegaron el futuro: si *ellos ya eran el futuro*, cualquier otra consideración estaba de sobra. No les bastó con proclamar *nosotros o el diluvio*, sino que dejaron claro que ellos *también* eran el diluvio. A tal fin practicaron una política de exclusión de “la cuestión de los fines”, y, como comenta Augé para casos similares, “esta desaparición, esta ausencia, está en la raíz del

¹ Expuse un análisis de cómo se ha ido configurando ese sistema de bloqueos en: ALCARAZ RAMOS, M. “El bloqueig valencià. El País Valencià entre el ‘cas Gürtel’ i la crisi econòmica”. En: L’Espill, segona època, nº 34, València, primavera 2010. Passim.

² Se ha observado, para contextos más amplios -pero también es pertinente para el que comentamos-, que una característica de la actual *etapa postheroica* es la congelación del “tiempo público” en una estructura de autorreproducción permanente y automática. Lo que sería un horizonte funcional a los esquemas neoliberales pues tal actitud subraya lo absurdo de esperar cambios, favoreciendo el conformismo y la indiferencia. FONT AGULLÓ, J. “Contra la nostalgia (y a favor). El rescate de la memoria democrática como identidad civil”. En: VINYES, R. (Ed.) *El estado y la memoria. Gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia*. RBA, Barcelona, 2009. P. 376 y 377.

‘desconcierto actual’, en la medida en que cuando se nos invita a vivir el presente, experimentamos su carácter ‘abatido’, opresivo, cerrado”³.

Concluida la etapa de furia y de gloria, concluía también una etapa de singular coherencia. Por eso, ahora, podemos apreciar las cifras y las actitudes del *poder valenciano* como el resultado de una gran incoherencia, lo que conduce a una mixtura característica: perplejidad, rabia, ruido en las conciencias. En realidad el viaje es de una coherencia a otra, sólo que la actual es la coherencia paradójica de la derrota colectiva, que puede perpetuarse en el tiempo si no se elabora un relato claro sobre los cambios habidos, si quienes se muestran críticos son incapaces de poner en evidencia esa *otra coherencia* que busca sus disfraces a la desesperada.

CONSOLIDACIÓN Y REPRODUCCIÓN DEL MODELO CONSERVADOR

Como he tratado de explicar en anteriores reflexiones⁴, el poder del PP valenciano, creciente sin pausa en los últimos lustros, nació tras el hundimiento de la izquierda –y en especial del PSPV- a mediados de la década de 1990. La victoria del PP –pactando al principio con UV- se inscribió, en general, en el agotamiento del ciclo de los Gobiernos de Felipe González, acosados por la corrupción y ayunos de ideas movilizadoras. Aquí el hundimiento fue muy amplio, pero no estrepitoso. Como se ha repetido, no hubo en tierras valencianas casos graves de corrupción en las filas socialistas ni se apreciaba en la población un hastío tan generalizado como en otros lugares. Y, sin embargo, también el PSPV había pecado de una instalación institucional más que notable, desactivando sus complicidades con la sociedad civil. La izquierda no socialista o/y los grupos valencianistas padecían, por su parte, una endémica propensión a la división interna y a vivir prisioneros de la nostalgia de lo que pudo haber sido y no fue en la Transición.

En todo caso nada podía hacer suponer entonces que no nos encontráramos ante un episodio normal de alternancia política. No fue así porque el PP, elección tras elección, fue la fuerza vencedora, anulando cualquier contrapeso, al controlar la mayoría de les Corts, las tres

³ AUGÉ, M. *¿Por qué vivimos? Por una antropología de los fines*. Gedisa, Barcelona, 2004. P. 171.

⁴ ALCARAZ RAMOS, M. *De l'èxit a la crisi. Pamflet sobre política valenciana*. Publicacions de la Universitat de València, València, 2009. Passim. A las apreciaciones hechas en ese ensayo obedecen los análisis contenidos en la primera parte de este estudio. Me referiré oportunamente a sus partes principales.

Diputaciones y casi todos los ayuntamientos significativos, y venciendo en todas las elecciones Generales y Europeas. Este panorama nos dice alguna cosa esencial sobre la debilidad de la oposición. Los problemas redundantes de las fuerzas políticas de izquierda ponen de relieve, sobre todo, sus extraordinarias dificultades para encontrar una fórmula que les permita esbozar un discurso alternativo que movilice a segmentos suficientes del electorado; lo que, a su vez, nos remite a una cierta incapacidad para captar cambios significativos en la sociedad valenciana⁵ y activar en nuevos marcos una *cultura progresista* distinguible y capaz de suscitar adhesiones. Aparte de la lucha perpetua entre las fracciones del PSPV, la oposición se conformó casi siempre con un actuar *a la contra* de las políticas del PP... y a veces ni eso. Pero el PP ha sido magistral en desarrollar estrategias y tácticas que hacían inviable el juego abierto de la oposición existente mientras se moviera en esas coordenadas. Las cosas cambiaron, en parte, en la Legislatura que concluyó en 2011 porque la oposición encontró un *leit motiv* obvio: la lucha contra la corrupción que desbordaba las costuras del PP; pero pronto se apreció que era un recurso insuficiente cuando la crisis explotó y grupos crecientes de la ciudadanía culpabilizaron de ésta al Gobierno de Rodríguez Zapatero.

En cualquier caso hay que tomar nota urgente de que muchos intelectuales y dirigentes progresistas siguen sin entender cómo el pueblo valenciano ha continuado mostrando su fidelidad al PP. Han generado con ello un mito exculpatorio: al trasladar su impotencia e incapacidad *al pueblo* han podido obviar la autocrítica y la propia responsabilidad política. Olvidan que los procesos electorales en una democracia no son plebiscitos, sino que en ellos concurren varias fuerzas con sus opciones y que cada ciudadano o ciudadana elige en función de consideraciones que no pueden reducirse al *castigo* del falaz o del corrupto. Este lastre ideológico también explica una parte de las victorias del PP: le ha sido muy fácil halagar al electorado mientras otros se limitaban a vilipendiarlo, en una curiosa transferencia perversa de las teorías de la soberanía popular.

Hechas estas salvedades podemos intentar, ahora, fijar los factores dinámicos en los que el PP ha asentado y reproducido su poder. Señalaré

⁵ Sobre las transformaciones sociales y sus implicaciones políticas en la sociedad valenciana sigue siendo imprescindible: AZAGRA, J. i ROMERO, J. *País complex. Canvi social i polítiques públiques en la societat valenciana (1977-2006)*. Publicacions de la Universitat de València, València, 2007. Passim. Me permito incitar a los autores a que actualicen este estudio.

tres y lo haré, inevitablemente, de una manera esquemática. Los tres elementos deben, intelectualmente, ser integrados de manera dialéctica, y como atraviesan un periodo amplio de tiempo no está de más recordar que se han explicitado de diversa manera; así, podríamos distinguir entre el naturalismo efervescente de Zaplana y el misticismo cínico de Camps: si uno se presentó como un desprejuiciado líder aupado al poder por una tráfuga, el otro lo consolidó con precisión milimétrica amparando las peores expresiones de una política puesta al borde del autoritarismo. Esos tres factores, a mi modo de ver, serían:

- A) La economía de la prosperidad insostenible.
- B) La refundación del imaginario simbólico colectivo.
- C) La degradación de la calidad democrática.

Los podemos resumir así:

A.- LA ECONOMÍA DE LA PROSPERIDAD INSOSTENIBLE⁶

Diversos factores coyunturales y una legislación favorable provocaron que el PP promoviera la construcción residencial como elemento estratégico de la economía valenciana⁷. No es que en términos absolutos ello significara la mayor fuente de riqueza o de empleo, pero sí que determinó radicalmente toda la trama económica, desviando recursos financieros, afectando muy negativamente a la viabilidad de las entidades de ahorro, derivando población en etapa de formación hacia el sector y alterando gravemente equilibrios antiguos –promoviendo megacentros comerciales para atender a nuevas zonas construidas en detrimento del pequeño comercio o debilitando el turismo hotelero-. Y todo ello por no hablar de la degradación medioambiental o el rediseño urbano con ciudades muy ineficientes y un urbanismo muy caro. Que el modelo era claramente especulativo lo ha demostrado dramáticamente la crisis: mientras hay miles de residencias sin vender, la necesidad real de vivienda sigue siendo

⁶ ALCARAZ RAMOS, M. Op.cit. P. 67 y ss.

⁷ La bibliografía sobre esta cuestión y las conexas –desequilibrios territoriales y medioambientales, sobre todo-, se ha multiplicado en los últimos años. De especial relevancia me parecen: NAREDO, J.M. y MONTIEL MÁRQUEZ, A. *El modelo inmobiliario español y su culminación en el caso valenciano*. Icaria, Barcelona 2011. ROMERO, J. y ALBEROLA, M. (Coords.) *Los límites del territorio. El País Valenciano en la encrucijada*. Publicacions de la Universitat de València, València, 2005. CREMADES RODEJA, R. *Macroubanisme i agressions al paisatge mediterrani. El medi ambient i la societat valenciana*. Ed. Riu Blanc, Oliva, 2007. VV.AA. *Llibre verd del territori valencià*. Escola Valenciana-Federació d'Associacions per la Llengua. València, 2006. Un carácter distinto, pero interesante por la multiplicidad de enfoques tiene el número monográfico de *Nexe. Debats valencians* dedicado a *El futur del territori*. Nº 4, València, juliol, 2007. Otro monográfico de la misma revista de interés es el titulado *I ara què? El model productiu valencià a debat*. Nº 6/7, València, juny, 2010.

altísima pues casi no ha habido políticas rehabilitadoras ni se han construido viviendas sociales, porque ambas opciones reducían drásticamente los márgenes de beneficio empresarial: en este *capitalismo de casino* lo importante era la ganancia rápida antes que poner bases sólidas para negocios duraderos.

La Generalitat, desde luego, también ha venido alabando otras formas de impulso económico como el turismo de masas, de larga tradición. Y aquí la experiencia ha demostrado que los frutos eran más perdurables, aunque no se han hecho intentos solventes para introducir cambios estratégicos, diversificar los productos o romper la estacionalidad, pese a las redundantes promesas. Por el contrario, bajo el querido manto del turismo se han ocultado otras operaciones especulativas inmobiliarias y se han destruido activos medioambientales que podrían servir de atracción turística. Por otra parte, ligado a ello, la promoción de *grandes eventos*, a los que luego me referiré con más detalle, significaba el desvío inmoderado de recursos públicos a operaciones que, en muchos casos, han tenido muy dudosa rentabilidad.

Todo ello, se suponía, incidiría en una *modernización* de las estructuras económicas, pero la realidad es que el sector terciario desarrollado, en general, ha incorporado poco valor añadido y conocimiento. En contraste, las políticas públicas de I+D o, en general, las industriales, han sido muy escasas y han sumido a estos sectores en un marasmo generalizado. Frente a ello, el discurso conservador se ha centrado en la petición inacabable de nuevas infraestructuras de transporte o hídricas de desigual justificación.

Sin embargo este modelo, tan frágil, tenía una *virtud política e ideológica* esencial: era *comprensible*, porque la mayoría de la ciudadanía podía percibir en términos cuantitativos el *desarrollo*. El crecimiento de urbanizaciones, los altos sueldos en algunos momentos, el incremento demográfico y las apariencias de un lujo socialmente difundido, favorecido por los créditos baratos y el mito de una burbuja inmobiliaria infinita⁸, ha sido el caldo de cultivo de la leyenda sobre la *tierra de prosperidad*. Y esa *sensación*, políticamente administrada, se volvía inexpugnable ante cualquier crítica, pues toda alternativa pasaba por modelos de crecimiento

⁸ Sobre la mitificación de la burbuja inmobiliaria: HERNÁNDEZ PEZZI, C. *Ciudades contra burbujas*. Fundación Alternativas-Catarata, Madrid, 2010. P. 17 y ss.

sostenible que requerían de cambios planificados en el largo plazo, lo que socialmente se apreciaba como contradictorio con la bonanza existente.

Un último efecto de esta dinámica es la existencia de recursos privados y de imágenes proyectadas al futuro que justificaban la tendencial depauperación de los servicios públicos esenciales y la privatización de algunos de ellos: en épocas en que las vacas gordas crecían y se multiplicaban bajo la benévola mirada de los pastores del PP, muchos no percibían la necesidad imperiosa de mantener las estructuras básicas del Estado del bienestar y daban por buenos algunos despilfarros fulgurantes sin preguntar cuánto se detraía de la educación, la sanidad o los servicios sociales.

B.- LA REFUNDACIÓN DEL ESPACIO SIMBÓLICO COLECTIVO⁹

Uno de los mayores éxitos del PP ha consistido en alterar la percepción que el pueblo valenciano tenía de sí mismo, refundándola en dos antinomias que, hábilmente articuladas, le han permitido convertir su apuesta económica y su estilo político en símbolos operativos de adhesión a valores conservadores.

La primera antinomia se refiere a la ubicación *nacionalitaria* de los valencianos: si el PP engulló al *blaverismo* oficialmente representado por UV y desactivó partes importantes de su historia anticatalanista, no renunció puntualmente a mantener en reserva esa ideología anticatalanista, desempolvándola, sobre todo, en momentos en que al PP del Estado le interesaba. Pero lo esencial es el empeño del PP en salvaguardar una españolidad sin prejuicios ni discordancias a la vez que se mostraba muy reivindicativo con el Gobierno central durante el mandato socialista. Esa ausencia de énfasis en cuestiones abstractas acerca de la personalidad de los valencianos, unida a la reivindicación concreta, a veces justa, pero casi siempre demagógica –la cuestión del trasvase del Ebro es paradigmática–, ha sido muy rentable para el PP, al menos por dos razones. En primer lugar porque obligaba a la oposición socialista a jugar permanente a la defensiva, siendo presentada como la sucursal del ejecutivo de Rodríguez Zapatero que castigaba a los valencianos. En segundo lugar porque le ha permitido estructurar discursos y demandas transversales que, con diversos matices, eran entendidos y compartidos en casi todas las comarcas valencianas.

⁹ ALCARAZ RAMOS, M. Op.cit. P. 95 y ss.

La otra antinomia quizá tenga más calado y sea más sutil y me referiré a ella como la incardinación de las tradiciones conservadoras con las imágenes de la hipermodernidad. En efecto, el PP adoptó todas las tradiciones más conservadoras o reaccionarias inscritas en el imaginario colectivo, y, sobre todo, se adueñó de la representación de los valores católicos, hasta configurar, a veces, un perceptible *regional-catolicismo*. La Iglesia Católica ha agradecido los favores recibidos y ha actuado casi siempre como una máquina –visible o invisible, según fuera preciso- de apoyo intelectual. De manera *natural* las expresiones más clásicas de movilización socio-religiosa se han puesto al servicio del PP, y aunque tienen hoy un alcance vertebrador limitado, han supuesto un fiable granero de votos y altavoces difusamente propagados en todo el territorio. A la vez, el PP también ha tenido, y tiene, excelentes relaciones con los aparatos modernizados del conservadurismo religioso extremo y muchos de sus dirigentes y cuadros medios están perfectamente integrados en la filosofía que expresan. A falta de estudios sobre la cuestión, podemos intuir que estos grupos católico-capitalistas deben haber actuado como potentes laboratorios de ideas al servicio del PP.

Pero a ese sustrato de valores reaccionarios-conservadores, que van de lo religioso, a lo epidérmicamente “valenciano”, pasando por la retórica defensa de la familia, etc., el PP ha superpuesto de manera intensiva los símbolos de hipermodernidad asociados a eso que, de manera poco adecuada, hemos dado todos en denominar *grandes eventos*. Habría que distinguir, en ellos, al menos:

- eventos efímeros, que se consumían de una vez por todas, como la visita del Papa;
- eventos puntuales pero reiterados, como la Fórmula 1, la Volvo Ocean Race o la Copa del América;
- grandes obras con utilidad variable, como la Ciudad de la Luz, Terra Mítica, el complejo de obras con destino cultural diseñadas por Calatrava en Valencia, el aeropuerto de Castelló, etc.

Cabe decir que no todas pueden merecer la misma consideración desde el punto de vista de su coste y rentabilidad o de su ubicación territorial, que ha sido muy desigual, con un claro predominio de la ciudad de Valencia. Una de las paradojas es que estos fastos que simbolizaron una

época se han *resimbolizado* para ser ahora signos máximos del despilfarro, lo que, generalmente, es cierto. Porque el problema no es que se promovieran estos proyectos, sino la opacidad con las que se gestionaron y la incapacidad del PP para rendir cuentas auténticas y creíbles de los *retornos económicos* que presuntamente promovían y a qué sectores beneficiaban. El autoencantamiento del PP con esta dinámica le llevó a olvidar la existencia de necesidades más perentorias y a acumular déficit para realizar actuaciones poco prácticas. A la vez renunció a tratar de insertarlas en una planificación que buscara equilibrios territoriales o favoreciera la innovación.

Pero si esto fue así es porque la dudosa rentabilidad en términos económicos en el medio y largo plazo, se compensaba sobradamente por su rentabilidad política. De nuevo eran acciones muy visibles y, digan lo que digan ahora algunos, casi nunca contaron con el rechazo explícito de la oposición. Aportaban una simbología de gran fuerza icónica que favorecía en grandes fragmentos de la población el incremento de su autoestima, reforzando la imagen de prosperidad y manteniendo una periclitada forma de entender filosóficamente el *progreso* que era capaz de anular muchas críticas. El PP se convirtió en un magnífico empresario de espectáculos destinados a *poner a nuestra Comunidad en el mapa*, y se sobrentendía que era el mapa de la globalización. Por supuesto la aceleración de las propuestas –la sorpresa permanente era un ingrediente esencial de la dinámica- y la ausencia de estrategias de sostenibilidad, hacía que ese benemérito propósito, pasado un tiempo, deviniera en inútil, pues no ha ido acompañado de políticas de mejoras urbanas integrales ni de respeto medioambiental ni de modernización real de las propuestas culturales, algo esencial en los análisis sobre las *ciudades creativas*¹⁰. Y es que la eficiencia de la paradoja tenía unos límites y la radicalidad visual de algunas propuestas se encontraba de frente con el conservadurismo ideológico que no favorecía la pluralidad de apuestas culturales ni era capaz de poner en valor las capacidades innovadoras de la sociedad valenciana.

C.- LA DEGRADACIÓN DE LA CALIDAD DEMOCRÁTICA¹¹

¹⁰ Ver: FLORIDA, R. *Las ciudades creativas*. Paidós, Barcelona, 2009. Passim.

¹¹ Un análisis muy pormenorizado de las prácticas usadas por el PP en esa dinámica de degradación en: PIQUERAS, J.A., MARTÍNEZ, F.A., LAGUNA, A. y ALAMINOS, A. *El secuestro de la democracia. Corrupción y dominación política en la España actual*. Akal, Madrid, 2011. Passim. Su título es

La acumulación de mayorías absolutas, la ausencia de contrapesos y la debilidad de la oposición, provocaron que, de manera creciente y acumulada, el PP fuera mostrando un desprecio enervante por las formas democráticas más básicas, tratando de convertir su autoridad originaria en un *imperium* que giraba hacia lo plebiscitario. Las claves para alcanzar ese objetivo –porque a partir de un determinado momento podemos hablar de premeditación- pasaron, ante todo, por la reducción de los *momentos deliberativos* del proceso democrático en favor de los *momentos decisivos*. Ha sido muy difícil que les Corts pudieran debatir auténticamente de las grandes cuestiones políticas por el uso torticero de las normas y por actuaciones vergonzosamente sectarias de la Presidencias y mayoría de la Mesa de la institución. Y aún hoy sigue siendo casi imposible promover auténticos debates en muchos ayuntamientos. Ese desprecio por las instituciones llamadas a articular el pluralismo y el conocimiento social de las alternativas era sustituido, metódicamente, por discursos en los que, apelando a la eficacia o amedrentando a grupos de la sociedad mediante el recordatorio de que *quien paga manda*, lo importante era fijar de antemano la decisión adoptada sin debate público.

Ello conllevaba ese giro a la democracia plebiscitaria: de manera creciente cada proceso electoral era presentado como una revalidación del gobernante en el poder, el que aseguraba prosperidad, progreso, modernización, orden y eficacia. Y en muchos momentos las campañas electorales se volvían infinitas y la vida política aparente se transformaba en una interminable barahúnda de inauguraciones, promesas, mentiras -razonables o irrazonables- o anuncios sorprendentes. Para ello el PP instaló una formidable máquina que basada en: a) la opacidad de los acuerdos, los gastos, los contratos, etc.; b) la creación o alteración de normas en materias sensibles, como el urbanismo, para favorecer la dinámica económica que le interesaba; c) la manipulación informativa hasta donde le era posible, en especial convirtiendo a RTVV en un obscuro artilugio partidario, repartiendo licencias a adictos o manipulando las fórmulas para la subvención a medios de comunicación; d) generando una red de clientelares amplísimas, usando para ello, sobre todo, de la subvención arbitraria y de equipos de asesores pagados con fondos públicos en los que integraban a líderes locales de opinión; y e) asegurando la aquiescencia o la más servil

equivoco, ya que casi toda la obra está centrada en el País Valenciano. También: ALCARAZ RAMOS, M. Op.cit. P. 137 y ss.

resignación en la mayoría de asociaciones empresariales y Cajas de Ahorro, a través de procedimientos controlados de nombramientos, reparto de prebendas o presiones más o menos solapadas.

DEL PAISAJE AL ESCENARIO: LA INEVITABILIDAD DE LA CORRUPCIÓN

Podríamos resumir metafóricamente todo esto diciendo que la política principal en el País Valenciano de hegemonía conservadora pasó de desarrollarse en mitad de un paisaje a representarse en un escenario. En efecto, el paisaje es tanto el resultado de unas condiciones naturales como el de un proceso histórico, de tal manera que cualquier alteración rápida puede causarle un mal irreparable o de muy difícil restauración. Un paisaje también es una construcción cultural, pues en él confluye la realidad objetiva con la mirada subjetiva, plural, resultado de la cultura acumulada de los observadores. Un paisaje, en fin, no tiene más límites que el horizonte y no tiene un centro eficiente distinto de aquel que elija el observador. Por el contrario, el escenario puede ser el resultado de una construcción urgente, inmediata, y, como tal, puede ser redefinido o abandonado infinitamente. Un escenario también es una construcción cultural pero muchísimo menos polisémica y, en última instancia, pretende tener un significado unívoco: el que le da su autor. Un escenario está determinado para acoger a un número limitado de actores, para crear una barrera –aunque ilusoriamente libre de trabas ópticas- entre éstos y los espectadores y tiene unos horizontes cerrados que empujan la atención hacia un centro, quizá móvil a lo largo de la representación, pero restringido en sus posibilidades. El paisaje puede despertar admiración, pero el escenario está destinado a promover aplausos.

Sin apurar en demasía la metáfora naturalista, una democracia debe desarrollarse esencialmente en paisajes abiertos –ágora, foro, plaza, como lugares emblemáticos, nos remiten idealmente a eso- aunque en ese paisaje también quepan escenarios en los que se desarrollen funciones específicas. Por el contrario, el teatro del príncipe nos envía a la jerarquización social, a la compartimentación oligárquica, a la imposibilidad de discrepar del libreto prestablecido, a la anulación de la participación colectiva, aunque la masa de espectadores sea numerosísima. Pues bien, en el País Valenciano, igual que se ha destrozado buena parte del paisaje natural, también se ha destrozado el paisaje democrático para sustituirlo por un escenario en el

que una y otra vez se representaba la misma obra, anulando la capacidad crítica en buena parte de la sociedad. La conclusión de este auto sacramental postmoderno es la transferencia de las forma y del *ethos* propio del sistema democrático a un *régimen* en el que las diferencias, cambios en el reparto o delimitación de zonas de influencia económicas y social, no se dirimían tanto en las instituciones políticas delimitadas legalmente como en el seno de la maquinaria estricta del poder, en grupos dirigentes del PP y en sus suburbios ideológicos y económicos.

Pero aquí anida otra paradoja esencial: haber conseguido eso ha exigido del uso de una continuada y permanente *desmesura*. Nuestra sociedad se ha redefinido como una mezcla de hiperrealismo y barroquismo sin medida, como una mixtura en la que la ausencia de límites se convirtió en el canon estético-moral de una época. Las consecuencias de todo ello, llegado el momento de la crisis brutal en la que estamos instalados, o sea, el momento en que miles de valencianos y valencianas abandonan el teatro hartos de aplaudir, en el que la épica de la hipermodernidad se trastoca en un sainete tragicómico, son muchas y muy importantes, y a ellas me referiré después. Pero hay que dejar constancia de que la primera y más grave ha sido y es la corrupción.

Se ha repetido en los últimos tiempos la broma sangrante de que, sí, nuestros dirigentes nos pusieron en el mapa... en el mapa de la corrupción. Y así es. Menudean comentarios periodísticos –incluso en la prensa internacional-, reportajes y hasta una serie televisiva en la que el País Valenciano se muestra como paradigma de una tierra entregada a las corruptelas. Y no es extraño, aunque sí sea doloroso, pues las investigaciones policiales, judiciales o las denuncias públicas, hacen que afloren una importante cantidad de casos que en épocas de bonanza pudieron mantenerse ocultos, y que nos ponen ante un espejo indeseado. No es que la Comunidad Valenciana sea la primera, en términos cuantitativos, en casos de corrupción potencialmente delictiva, pero sí que es, probablemente, la que ocupa un lugar más destacado en casos importantes y que implican a dirigentes políticos y a empresarios de campanillas¹² y, lo que es peor, que muestra la difusión de una *corrupción de baja intensidad* y una *corrupción capilar* que ha permeado los

¹² El caso de les Illes Balears es también particularmente alarmante, pero con una diferencia: en los últimos años se ha saneado a las élites dirigentes, incluidas las de los partidos especialmente afectados por la corrupción.

comportamientos de muchos ayuntamientos, empresas públicas, diputaciones y consellerías. Diríase que se nos está retratando como un *pueblo corrupto*¹³.

Esa hipótesis nos parece un insulto, por supuesto, y no han faltado dirigentes del PP que, con más fervor que fortuna, han aparecido como defensores de la inmaculada alma de sus ciudades o de la Comunidad... aunque a veces han tenido que callarse al aparecer su nombre a las pocas semanas en algún nuevo sumario. En todo caso de poco nos sirve enfadarnos, y más vale reflexionar sobre las causas de lo sucedido. Para ello no necesitamos remitirnos a ningún sofisticado estudio histórico-antropológico como los que se usan para explicar la emergencia de las mafias en la Italia meridional o en otros lugares del mundo. Nos basta con mirar los rasgos expuestos para caracterizar la etapa de poder omnímodo del PP y aceptar que es racionalmente *inevitable* que florezca la corrupción. Y no es tampoco que los militantes del PP, globalmente considerados, sean corruptos, sino, simplemente, que la política desarrollada facilitó la corrupción hasta niveles en que muchos de los mismos actos deshonestos dejaron de ser entendidos como tales, inmunizando a muchos ante la gravedad del fenómeno que fue replanteado en términos de *necesidades funcionales* de la buena marcha de la economía y del orden institucional.

Sin agotar la cuestión, baste recordar que la esencia de la economía políticamente favorecida –a través de instrumentos legales o de decisiones capciosas y subterráneas- se basaba en la especulación, esto es, en la rapidez en la realización de ganancias, lo que, en muchos casos se reforzaba porque las mismas empresas constructoras o/y promotoras también se dedicaban a obras públicas que se presentaban como mejoras inminentes, lo que vigorizaba las malas prácticas en la gestión y en la administración del presupuestos. Por estas razones, empresarios característicos vivían en una proximidad más que peligrosa con funcionarios importantes y políticos, constituyendo castas locales o comarcales con capacidad real para adoptar decisiones, que luego eran

¹³ Sobre algunas de las cuestiones a las que aquí aludo me he manifestado con más detenimiento en: ALCARAZ RAMOS, M. “Les cares de la corrupció. Dret, ètica i responsabilitat política”. En: *L’Espill*, segona època, nº 36, València, hivern 2010. Passim. Ver también: FUNDACIÓN ALTERNATIVAS, *Urbanismo y democracia. Alternativas para evitar la corrupción*. Madrid, 2007. ALCARAZ RAMOS, M. (Dir.), CONDE-PUMPIDO, C., ASENCIO MELLADO, J.M., GÓMEZ-CÉSPEDES, A., QUIJANO GONZÁLEZ, J., SAN MARTÍN CASTRO, C.E. Y UGAZ SÁNCHEZ-MORENO, J.C. *El Estado de Derecho frente a la corrupción urbanística*. Ed. La Ley, Madrid, 2007.

escuetamente refrendadas por los organismos de presunto control o con atribución legal para la toma de decisiones. Algo parecido sucedía con las concesiones y contrataciones públicas y con las acciones ligadas a la gestión de grandes eventos, auténticas fábricas de la ganancia instantánea por la ausencia de controles reales y por la implicación de personajes de relieve en esos mismos actos. A ello debemos añadir que, en no pocas situaciones, estos *nuevos caciques* aparecían como los grandes benefactores de la comunidad, los que creaban empleo y, a la vez, eran rostros conocidos en los corrillos festivos, deportivos o culturales, mecenas de pacotilla que incrementaban así su posibilidad de influir en la colectividad. Si a todo esto, en fin, sumamos, las transferencias de recursos públicos para mantener engrasada la maquinaria clientelar y la opacidad de las instituciones, nos encontramos con el escenario ideal para la catástrofe moral perfecta.

A los efectos de este análisis no es preciso distinguir demasiado entre la corrupción susceptible de ser delito y aquella que, simplemente, supone una transgresión más o menos graves de los consensos éticos que deben existir en toda sana sociedad democrática. No abundaré, por lo tanto, en los casos más conocidos, ni en la permanente utilización sesgadamente ideológica de la presunción de inocencia, ni en la transformación del derecho de defensa en un *privilegio de defensa* en manos de los más poderosos con capacidad para contratar buenos equipos de abogados y mantener juicios por tiempo indeterminado... mientras claman por la lentitud de la justicia; tampoco me referiré a las implicaciones de algunas sentencias. Porque el problema no es esencialmente jurídico-penal. El problema tampoco es exclusivamente ético, aunque, como queda dicho, afecta notablemente a la fibra de los valores sustentadores de la convivencia.

El problema es esencialmente político: el establecimiento de una corrupción galopante, en sus términos reales, significa que la política democrática pierde su autonomía, que es sustituida por decenas de *microgolpes de Estado* a través de los que algunos pueden imponer su voluntad sembrando ignorancia, difundiendo el descrédito de la política y alimentando silencios. Es a lo que Constante se ha referido, al hablar de la expansividad tendencial de la corrupción, como la “generación de una

degeneración”¹⁴. Por lo tanto es una respuesta política la que podrá acabar con la corrupción intensiva en sus daños y extensiva en su difusión. Por supuesto que esa respuesta política debe implicar cambios legales en defensa de la transparencia y del mejor control, pero, también, en la legislación urbanística y medioambiental. Y, sobre todo, cambios en las prácticas concretas de relación de los partidos con la sociedad civil. Un discurso, por lo tanto, centrado exclusivamente en *valores abstractos* será inocuo e inservible: no nos van a abandonar de la noche a la mañana los valores conservadores que impregnan la praxis social: sólo políticas decididas, susceptibles de ser apreciadas como distintas de las heredadas, posibilitaran esas alteraciones¹⁵. Como veremos, los vientos han cambiado rápidamente: el paisaje vuelve a tomar el espacio del teatro, y la conciencia de la corrupción habida se difunde con rapidez: no es hora de meros lamentos morales sino de usar el asunto como palanca de cambio político.

CASANDRA TENÍA RAZÓN

“Hay muchos sicilianos que aman tanto a Sicilia que hasta niegan que exista la mafia: amor que cuando no es dictado por interés es ciertamente suscitado por la sublime imbecilidad”

(L. Sciascia)

El precio que Casandra pagaba por el don de la adivinación era el de no ser creída. Algo así ha sucedido, por años, en el País Valenciano. Aunque no dispusieran de ninguna capacidad mágica de percepción, bastó que se atuvieran a un análisis racional de la realidad para que miles de personas y muchas decenas de asociaciones resistieran con sus críticas la presión de los años dorados del PP y de la prosperidad. Entre la incompreensión general, predicaron la necesidad de salvar parques, barrios, jardines, paisajes o ríos; dijeron “no” a proyectos urbanísticos insoportables; defendieron derechos de grupos desfavorecidos u olvidados o lucharon por el valenciano y una cultura libre de mediaciones; se

¹⁴ CONSTANTE, L.B. “‘Corrompo, luego existo’ (La ¿nueva? lógica de la exclusión)”. En: SANDLER, H.R. y RAJLAND, B. (Coords.) *Corrupción. Una sociedad bajo sospecha*. Facultad de Derecho y Ciencias Sociales-Universidad de Buenos Aires-Instituto de Investigaciones Jurídicas y Sociales “Ambrosio L. Gioja”/La Ley, Buenos Aires, 1997. P. 35.

¹⁵ También nuestro mi escepticismo ante el *neopuritanismo* de algunos cargos públicos de izquierdas, obsesionados ahora por mostrar su desinterés ante las cosas de este mundo. No creo que esa actitud consiga muchas cosas más allá de algunos suculentos titulares. Incluso puede ahondar en el descrédito de las instituciones. Es la desmesura del PP la que provoca la corrupción y cualquier otra desmesura moralmente abstracta puede provocar efectos contradictorios.

opusieron, con nombres y apellidos, a la corrupción y avisaron de la insostenibilidad del modelo inmobiliario y económico en general. Fueron acusados de antivalencianos, aguafiestas y enemigos del progreso. Y casi nunca fueron capaces de converger en trayectorias comunes, expresando así la dificultad de insertar en los discursos y valores dominantes las percepciones distintas de lo que ocurría. A veces coincidían con partidos de la oposición o sindicatos, en otras no. Pero el tiempo les dio la razón y, pese a todo, mostraron su utilidad.¹⁶

La ciudadanía valenciana debe estarles agradecida, precisamente por haber mostrado su utilidad. No sólo resguardaron un caudal de dignidad y consiguieron apreciables victorias parciales, sino que forjaron un relato contrastante con los mensajes oficiales que, llegado el momento de la crisis, está siendo fundamental para armar una comprensión crítica y renovada en la ciudadanía. Al impedir que el discurso conservador pudiera identificar sus clientelas con *toda* la sociedad civil, puso las semillas para que las ulteriores críticas no se produjeran en un vacío conceptual. La ligazón entre despilfarro y corrupción con los recortes de servicios y derechos, tan común en las grandes movilizaciones de los últimos meses, difícilmente hubieran calado tan hondo y tan rápido en muchos sectores sociales sin esa labor preparatoria. Otra paradoja estaba servida: de los restos del naufragio de la cultura de izquierda heredada de la Transición, y por la presión del descomedimiento del régimen en marcha, ha surgido una red de movimientos cívicos, muy acostumbrada a pegarse a lo concreto, a usar las nuevas tecnologías de la información y a “colarse” en las representaciones del teatro de los éxitos, como no imaginó el PP –ni el PSPV, por cierto-.

Las movilizaciones de las conciencias que protagonizaron estas personas y grupos convenció a parte de los medios de comunicación y a algunos aparatos académicos, que mostraron un interés creciente –aunque minoritario- por los enfoques críticos. Y acabaron por organizar un cierto discurso compartido en partidos, sindicatos y otras estructuras orgánicas tradicionales. Ello ya se puso de manifiesto en la legislatura que concluyó en 2011, conforme se producían escándalos derivados de la corrupción y de

¹⁶ Sería interesante hacer un estudio de la construcción social del descrédito del discrepante en las situaciones de crisis. Un ejemplo: cuando estalló la de 1929, el culto y conservador Lawrence atacó a los senadores críticos con los especuladores de Wall Street: “Un mugiente fanatismo y un provincialismo turbulento hicieron causa común para condenar una comunidad inocente.” GALBRAITH, J.K. *El crash de 1929*. Ariel, Barcelona, 2007. P.56.

la mala gestión. Les Corts se poblaron de voces que, con un desparpajo insólito, llamaron a las cosas por su nombre y comenzó a menudear un tono más comprometido en los discursos de oposición, en la toma de posiciones sindicales y en los medios de comunicación. Faltaba un elemento, el central, para que la trama del régimen hiciera aguas, y llegó con la crisis.

LAS INSOPORTABLES PARADOJAS DEL RÉGIMEN

La primera paradoja es que la crisis aseguraba al PP su victoria en las elecciones autonómicas y municipales. Nadie dudaba de ello: el descrédito del gobierno socialista en Madrid era confirmado con las interminables dudas y conflictos internos en el PSPV que, sin embargo, había tratado de mantener una posición digna denunciando la corrupción del caso Gürtel¹⁷. Y así sucedió, y el crecimiento de EU y el sorprendente avance y consolidación de Compromís, en les Corts y en muchos ayuntamientos, no bastó para impedir que, de nuevo, el PP revalidara su éxito.

Pero en él había un sabor agridulce: la extrovertida gestualidad del President Camps no podía impedir que muchos vieran en él la imagen de un derrotado. Las prolongadas vicisitudes del caso Gürtel habían producido un efecto de irrealidad en su comportamiento político y, más preocupado por defender su inocencia que de otros asuntos, había aplazado cualquier intervención seria sobre la crisis. Finalmente, el inminente triunfo de su partido en las Elecciones Generales le obligó a dimitir, para no empañar esa victoria. La forma estrecha y sectaria de entender el funcionamiento institucional llevó al PP a obstaculizar cualquier mecanismo conocido de transparencia para sustanciar en sede parlamentaria las posibles responsabilidades políticas. Durante meses y meses, el PP se negó a aportar documentación pertinente, a crear comisiones de investigación –para el caso Gürtel y otros que emergieron- y, en definitiva, a distinguir entre la responsabilidad ética y política de unos comportamientos y la calificación jurídico-penal que, en su caso, pudieran merecer esos comportamientos. Ello acabó por provocar que la única posible responsabilidad tuviera que dirimirse en los tribunales, pero ese mismo hecho significó que, agotada la

¹⁷ Nunca he podido entender que algunos sectores del PSPV acusaran a otros de haber denunciado con fuerza la corrupción. No sólo creo que lo exigía la decencia democrática sino que nunca fue imposible compatibilizar esa posición de principio con otras tareas, como la busca de alternativas al modelo económico. Otra cosa es que no fueran capaces de ello, muy lastrados, quizás, por las políticas generales del PSOE. Por lo demás es cierto que en les Corts el PSPV mostró una actitud clara y decidida, pero el conjunto del partido permaneció mucho menos activo en las diferentes comarcas.

democracia plebiscitaria con la última victoria de Camps, su dimisión fuera inaplazable... por causas políticas. En este maremágnum de despropósitos se subvirtieron muchos de los principios y cautelas aportados por la experiencia constitucional y democrática: Camps se negó a admitir una responsabilidad política en el marco parlamentario, la asumió –según propia declaración el día de su dimisión- para no perjudicar al PP y su absolución le liberó de responsabilidad jurídica, pero al precio de un juicio en el que se pusieron como nunca de manifiesto comportamientos inasumibles en un líder democrático y en el partido que le sustenta.

Y el PP volvió a ganar las Elecciones Generales: aunque aquí fue uno de los pocos sitios en los que perdió votos, de nuevo el PSPV siguió en caída libre y no pudo ser compensado por la subida de EU, Compromís y UPyD. Pero justo en ese momento los efectos de la crisis se volvían inocultables y exigían del nuevo Consell presidido por Fabra, no sin tensiones internas, abrir una nueva etapa que, desde muchos puntos de vista, sería –será- la negación del modelo que consolidó al anterior régimen. No es preciso aportar datos, pues todos somos consciente de la escalada negativa de la Comunidad Valenciana en las estadísticas de déficit y deuda, del hundimiento definitivo de los instrumentos financieros valencianos, de las cifras de fracaso escolar o de la profundísima crisis de los servicios públicos básicos. La Comunidad de los milagros se ha despertado con una resaca inmensa y a la crisis económica se le suman otras de autoestima, confianza colectiva e imaginación. Nadie sabe decir, en los círculos del poder, adónde vamos, pero, por el contrario, grupos muy amplios de la población –incluidos, necesariamente, miles de votantes del PP- no olvidan de dónde venimos.

A modo de recapitulación podemos *poner del revés* los tres factores de triunfo del PP para apreciar cómo se le han vuelto contradictorios:

-La paralización de la economía inmobiliaria –y la obra pública- deja sin argumento principal a la *prosperidad*, y aunque, redundantemente, los líderes del PP insisten en volver a ella como fuente de riqueza preferente, nada apunta a que ello sea posible en un tiempo predecible. Por otra parte, el carácter especulativo del sector se pone de manifiesto en la renuncia *de facto* a ensayar vías alternativas para la construcción como la rehabilitación, la incorporación de nuevas tecnologías de eficiencia ecológica o, incluso, el rediseño urbano. Si el turismo soporta mejor la

crisis pocos dudan de su inestabilidad y, quizá, de su carácter coyuntural. De hecho se han escuchado voces autorizadas del sector turístico criticando aspectos de la política seguida hasta ahora. En cuanto a los grandes eventos no sólo son, en muchos casos, inviables, sino que donde antes obtenían aplauso, ahora cosechan críticas mordaces. A todo ello se suma, con unos efectos que aún ignoramos, la pérdida definitiva de la red de entidades financieras y de ahorro valencianas.

-El PP no puede practicar ya las fórmulas de apropiación del imaginario colectivo según lo ha venido haciendo, porque le falla clamorosamente su discurso de identificación con la hipermodernidad, ligado a inversiones descomunales. El goteo incesante de noticias sobre el desplome en los *rankings* de bienestar de la Comunidad supone tanto como advertencias, ahora creídas, de desmoronamiento del prestigio, con la consecuente caída tendencial del sentimiento de autoestima. Incluso en sectores ligados al conservadurismo clásico las posibilidades de apoyo muestran signos de fatiga. También paradójicamente, los éxitos del PP en crear redes colectivas de apoyo en el conjunto del territorio ahora se vuelven en su contra, porque las movilizaciones sociales están aprovechando ese impulso para mejorar su coordinación y generar sinergias. Finalmente, la victoria del PP en España ha privado al PP valenciano del argumento sempiterno del agravio comparativo, y aunque pueda estirarlo por un tiempo a cuentas de la “herencia recibida” en el Estado, el argumento tiene clara fecha de caducidad.

-La presión social y política, favorecida por la pluralidad de expresiones de oposición, las dificultades para llegar a acuerdos con sindicatos y las causas judiciales abiertas por corrupción, hacen que el uso habitual de la opacidad se vuelva inviable. Fabra ya ha dado muestras de intentar adelantarse –relativamente- a los acontecimientos, permitiendo conocer, siquiera sea de forma limitada, las causas de algunos casos de corrupción o/y mala gestión. Todo ello es también posible por la decadencia de algunos circuitos clientelares, por falta de sustento económico-simbólico y por los efectos de los recortes en sectores tradicionalmente proclives al PP. Finalmente, tampoco algunos medios de comunicación pueden mantener su dinámica de puro sometimiento si no es al precio de poner en tela de juicio cualquier credibilidad: la realidad es demasiado dura como para que pueda

disfrazarse... y no hay noticias exultantemente positivas con las que disimular.

De todo ello podemos extraer dos conclusiones generales que son la máxima expresión de las contradicciones y paradojas del momento actual:

1.- La constitución de un régimen superpuesto al sistema político constitucional-estatutario y al *ethos* democrático provoca que, puestas en entredicho sus fuentes de sustento esenciales, los conflictos se trasladen con fuerza al seno del mismo régimen. Por ello es previsible que afloren disputas en el PP valenciano que, para empezar, ha sido castigado en la formación del Gobierno de Rajoy, estableciendo una suerte de *cordón sanitario* sobre sus correligionarios valencianos. Curiosamente, el que el PP gobierne en España debilita las posibilidades de reproducción clientelar e ideológica del régimen valenciano, pues no podrá proporcionar respuesta a algunas expectativas y demandas. Otra fuente de discordancias será el destino final de cargos públicos relevantes implicados en casos de corrupción: las tensiones generales provocadas por las respuestas a la crisis en clave neoliberal y, por lo tanto, las reacciones sociales a éstas, hará que el PP esté interesado en no dejar flancos abiertos en el terreno de las sospechas de corruptelas. Pero muchos de esos dirigentes, no por casualidad, han sido los vínculos entre las tramas económicas subyacentes y la política partidaria, por lo que en determinados sectores la incertidumbre anida con fuerza y ya no puedan establecerse relaciones de confianza automática entre determinados poderes económicos y las instituciones locales y autonómicas. E, insistiendo en algo ya apuntado: las actuales movilizaciones están incorporando a un horizonte de protestas a grupos profesionales hasta ahora paradigmáticamente pasivos, como médicos, abogados, farmacéuticos, funcionarios de diverso rango, proveedores de bienes y servicios, etc. La irrupción de jóvenes en esas movilizaciones puede también significar una ruptura generacional que suponga un amplio coste electoral a medio plazo para el PP.

2.- La única salida al haz de contradicciones que acaba de enunciarse podría pasar por un *regreso al sistema*, abandonando las pulsiones del *régimen*. Pero ello no sólo es psicológicamente muy difícil para muchos cuadros y paniaguados del PP, sino que choca con la mayor de las paradojas: nunca el PP tuvo tanto poder en términos electorales e institucionales y nunca tuvo menos capacidad de ejercer ese poder, tanto en

términos de decisiones que impliquen gasto como en términos de alianzas sociales y prestigio. Por primera vez la legitimidad de origen de su poder está fuertemente cuestionada porque se impugnan desde demasiados lugares la legitimidad de su ejercicio.

DE AHORA EN ADELANTE

Como se habrá podido apreciar no he ahorrado críticas al poder del PP en el País Valenciano. Sin embargo creo, porque es lo adecuado en un trabajo como este, que éstas se han circunscrito a aquellos elementos que han acabado por anular la lógica democrática en muchos aspectos o, si se prefiere, por devaluar la democracia a un cascarón formal. Por lo tanto no incluyo estrictamente aquí críticas a decisiones políticas, estratégicas o puntuales, aunque me desagraden, si pienso que están en los límites normales del programa de un partido político conservador. No me sustraigo, no obstante, de apuntar ahora una característica que me parece especialmente censurable y que, de alguna manera, sintetiza otras muchas que podrían hacerse: el PP ha practicado un *liberalismo banal*¹⁸ capaz de combinar el extremo liberalismo económico en algunas materias con un extremo intervencionismo político, cultura y económico en áreas que consideraba funcionales a sus intereses. Al hacerlo así se ha comportado, si se me permite la expresión, como una *familia sin descendencia*, pues tanto en términos medioambientales como económicos, ha negado la historia, ha secuestrado para sus intereses inmediatos –y, si se quiere, para los de los valencianos del momento- el futuro. Esta cuestión no es baladí a la hora de dilucidar si el cambio en la tendencia es posible con el PP en el poder o no.

Porque, en efecto, intelectualmente podemos concebir un giro en las políticas del PP e, incluso, en algunas de sus actitudes. Pero cuando se ha producido, siempre han sido forzados por las circunstancias y nunca el fruto de un auténtico proceso autocrítico. Por lo tanto si, por las razones indicadas, el cambio parece necesario, es muy difícil confiar en que este se produzca de la mano del PP, pues un regreso a la normalidad democrática, económica y social, aun admitiendo la legitimidad de políticas muy

¹⁸ Ese liberalismo banal es una forma peculiarmente penetrante de ligazón de las nuevas élites valencianas con algunos sueños venenosos de la globalización neoliberal, pues, como recuerda Bauman, la invocación de una mayor libertad abstracta como remedio universal a todos los males, adopta “cada vez más la forma de una ideología de la élite global emergente”: para ella más libertad abstracta garantiza mejor su seguridad concreta, mientras que para la gran masa de las víctimas colaterales de la globalización, el mayor obstáculo para ser libres radica, precisamente, en la inseguridad ante la nueva realidad. BAUMAN, Z. *Vida líquida*. Paidós, Barcelona, 2006.P. 198.

conservadoras, es casi inconcebible si no hay una quiebra muy profunda del PP... que le conduciría a la oposición. Por lo tanto ese cambio sólo podrá ser protagonizado por fuerzas que hoy están en la oposición.

Los análisis contenidos en algunas partes de este trabajo podrían hacer creer que soy excesivamente optimista, que las alteraciones apuntadas nos señalan un PP herido de muerte. Nada más lejos de la realidad. Pese a todo lo indicado el PP sigue contando con inmensos recursos: una amplia afiliación¹⁹, redes clientelares en uso o recuperables en un momento de tensión electoral, el soporte del Gobierno del Estado, una sociedad permeada durante años por valores conservadores, el recuerdo de voto de centenares de miles de valencianos, que genera un movimiento inercial nada despreciable y, sobre todo, su mismo poder institucional, demasiado extenso para imaginar un desmoronamiento súbito. Desde luego esas instituciones tienen un *hándicap* enorme: la ausencia de recursos económicos y otras circunstancias les privan de cualquier estrategia reconocible más allá de la supervivencia *un día más, cada día*, pero eso, en muchos lugares, lo pueden compensar con las dificultades de aislamiento y ensimismamiento del PSPV y con la bisonñez de otras fuerzas en la oposición.

Por lo tanto los elementos de contradicción negativa que he dibujado a grandes rasgos deben entenderse estrictamente como *ocasiones abiertas para desbloquear la situación*, que pueden aprovecharse o no, pues nada sería más perjudicial para la izquierda que resucitar la tesis de que nadie gana las elecciones, sino que las pierde *el que está, cuando le toca*. Pensar eso volvería a alimentar el inmovilismo que tanto ha beneficiado al PP. Por lo tanto estas últimas palabras son una reflexión sobre *asuntos* que, creo, debe tener en cuenta la izquierda para alcanzar el poder, recordando que ese poder no es una *cosa*, sino una *relación* que cristaliza en instituciones, y que, muy posiblemente, una primera fase exigirá equilibrar el control en ellas, sin esperar invertir la actual correlación de fuerzas de manera total:

¹⁹ En algunas declaraciones periodísticas los dirigentes del PP aluden a 130.000 afiliados, lo que quizá sea un poco exagerado, pero no necesariamente en demasía: en muchos lugares la afiliación al PP se ha convertido en una credencial para favorecer el ascenso social o/y para tener un reconocimiento en términos de *status*. Con todo hay que considerar que, según la página web del PP en la Comunidad Valenciana (<http://ppcv.com>), dicha afiliación admite dos “modalidades de afiliación”: los militantes y los simpatizantes, que no pagan cuota; sería interesante conocer los datos pormenorizados de cada modalidad.

1.- Dada la actual correlación de fuerzas es muy fácil activar un discurso basado en el enfado y en un arbitrio idealizado que busca soluciones mágicas frente a cada acción del PP. Las respuestas instantáneas que circulan por canales de la opinión pública progresista, a menudo mezcladas con expresiones de descarnada ironía, no suelen resistir un análisis basado en la racionalidad política, por lo que suelen ser muestras sociológicas de impotencia, cuando no de irresponsabilidad. En ese marco es inevitable que surja y se proclame la idea de que lo que hay que hacer es *resistir*. Y bien está eso para activar la solidaridad y mantener vivas algunas reducidas ilusiones. Lo malo es que, para muchos, la metáfora predilecta sobre la *forma de resistencia* es la *barricada*, esos lugares sucios y románticos en los que se juntan muchos camaradas para ser aniquilados juntos. La barricada sería el escenario de los pobres, también de los pobres de ideas. Hay que renunciar a esa imagen y sustituirla por la de la *acción en movimiento*, múltiple, pluriforme, adaptada a los vericuetos complejos del nuevo espacio público, de los nuevos paisajes. Esto es: haciendo de cada actor crítico *posible* un actor *real*, dotado de instrumentos de pensamiento y acción combinables y orientados a fines comunes. O sea: ir cambiando el imaginario de la izquierda desde posiciones defensivas a otras ofensivas. Quizá no se trate de plantear triunfos políticos inmediatos –queda mucho tiempo para las siguientes convocatorias electorales- sino perseverar en la lucha contra la resignación y la indiferencia que aún presiden demasiados comportamientos. En este sentido poner en valor y mostrar cambios en la gestión y en las políticas de los Ayuntamientos gobernados por las izquierdas sería algo fundamental, una pieza esencial de pedagogía política.

2.- El bipartidismo favorece al PP porque genera una ideología que hace que miles de electores, si están descontentos con el PSPV, transfieran su voto al PP. Muchos militantes y simpatizantes del PSPV suelen quejarse de que el fraccionamiento de la izquierda y la concentración de la derecha es un límite imposible de franquear. No es este el lugar para debatir sobre porqué existe esa pluralidad en la izquierda, pero el hecho cierto es que esa diversidad no va a desaparecer –al revés, es posible que fuerzas minoritarias crezcan- y más vale vivirlo como una riqueza que como un obstáculo insoslayable. Dicho de otra manera: *al PP no va a derrotarle al PSPV, sino la izquierda en su conjunto*. Eso significa que es exigible a esas fuerzas –y a sus contactos en el mundo sindical, cultural o cívico- que defiendan con toda legitimidad sus estrategias y propuestas con absoluta

autonomía pero que, al mismo tiempo, encuentren una base de *cultura progresista compartida*, unos principios genéricos capaces de incidir en el imaginario colectivo²⁰ y preparar alternativas practicables. Ello no tiene porqué fraguar en ningún tipo de expresión orgánica, pero no estaría de más que diera el fruto de algún tipo de laboratorio de ideas independiente y plural, dedicado a construir pensamiento y mejorar las líneas de comunicación²¹, evitando que el descontento bascule en demasía a una desesperación utópica que olvide esta observación de Ramoneda: “No sólo es necesario saber si nuestros proyectos son deseables sino también si son posibles. Lo imposible es indeseable”²². Esa cultura compartida, por lo demás, tampoco será el fruto de un acuerdo de las cúpulas partidarias, sino de la inteligencia y flexibilidad que los partidos muestren en su forma de relacionarse con la sociedad civil y, en especial, con las organizaciones críticas.

3.- El actual ciclo de movilizaciones es impresionante y puede ser esencial en las políticas de cambio, pero también puede ser un espejismo a largo plazo. Su virtud y su defecto, a la vez, es que es una oleada *a la contra*, en la que es fácil sumar descontentos, pero que, inevitablemente, incluye múltiples contradicciones internas, intereses contrapuestos que pueden girar abruptamente el sentido de la movilización si no se pueden acordar, reiterada y pacientemente, objetivos comunes que superen esas contradicciones. Por otra parte algunas protestas todavía están muy lejanas de otras y la posibilidad de que converjan es complicada, aunque sea un objetivo irrenunciable. El problema es que la suerte de estas movilizaciones depende, en gran medida, de su *despolitización*, es decir, de la capacidad de sus convocantes para aparecer como desligados de los intereses concretos de los partidos. Pero, a la vez, su coherencia y contundencia dependerá de su *politización*, es decir, de su capacidad de tematizar las demandas en torno a objetivos comprensibles y positivos en términos de *decisiones*

²⁰ Por supuesto, esta cuestión, como otras muchas apuntadas en este trabajo, no es independiente de fenómenos más generales en el ámbito global, europeo o español, aunque aquí queden circunscritas al espacio valenciano. A propósito de esto, es pertinente la reflexión de Simone: “hoy en día en Europa son muchos los que se preguntan si la izquierda volverá a tener alguna vez un papel en la gestión de los asuntos políticos, y sobre todo en la creación de ese patrimonio de ideas y de valores compartidos que constituye la mentalidad colectiva”. SIMONE, R. *El monstruo amable. ¿El mundo se vuelve de derechas?* Taurus, Madrid, 2011. P. 33.

²¹ Sobre esta cuestión son muy reveladoras las experiencias detalladas en: LAKOFF, G. *No pienses en un elefante. Lenguaje y debate político*. Edit. Complutense, Madrid, 2010. Passim.

²² RAMONEDA, J. *Contra la indiferencia*. Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona, 2010. P. 88.

alternativas creíbles. O sea: de pasar de pensar en términos de agregados de minorías a la de la construcción de una nueva mayoría social.

4.- El tiempo de los gobiernos del PP no es un tiempo congelado: en su transcurso se han alterado muchas cosas y es iluso imaginar un regreso mimético a las etapas preconservadoras. Por lo tanto hay que innovar conociendo las nuevas realidades; por ejemplo. las renovadas líneas de vertebración comunitaria, el papel de mecanismos alternativos de comunicación, las alteraciones en las percepciones sobre la integración del País Valenciano en España y Europa, los debates sobre gestión de servicios públicos o las alteraciones drásticas en el mercado de trabajo. Se piense lo que se piense de todo ello no puede actuarse como si no hubieran sucedido. Lo que conduce a la consideración de que es insoslayable ir ensayando propuestas positivas que fijen la agenda del debate público.

4.- El mayor problema de la izquierda es que se ha habituado –¡y no le faltan razones y emociones para ello!- al pesimismo, en el sobrentendido de que la acumulación de enfados provocará una revuelta que acabe con el actual estado de cosas. Me temo que, por mucho tiempo, algo de eso hay que seguir manteniendo, y ojalá supiera hacerse, al menos, con buen humor. Pero lo que la izquierda necesita para vencer es reprogramarse para aprender que la esperanza también se construye socialmente, y que esa esperanza socialmente difundida es la llave del futuro. No basta con soñarla. Hay que hacerla.